

manes no se les puede traducir a nuestro idioma de primera intención; que sobre la primera versión ceñida hay que elaborar otra —más riesgosa— hermenéutica, que ponga el original vertido a tono con la sensibilidad lingüística del hispano-parlante, porque si no, incluso en casos como éste de una versión correcta, el lector tropieza a cada momento —como si se encontrara envuelto por una neblina que le hiciera difícil discernir los objetos— en cuanto las cosas no se presentan en el orden acostumbrado; en cuanto las acciones no se producen siempre dentro de una secuencia que podría parecernos más natural; en cuanto un deslizamiento de un copretérito a un pretérito que pueden parecer igualmente adecuados nos deja en una imprecisión temporal molesta. ¡Que esa es eternamente la crucifixión del traductor que tan bien vio Eugenio Imaz, que tan excelentes traducciones diera al Fondo de Cultura Económica: ceñirse al texto y sacrificar el propio idioma o servir al idioma y arriesgarse a reprimendas del autor! Drama en cuanto de dos reclamos igualmente justos —el del autor, el del lector; el de la lengua original, el del idioma al que se vierte; el del contenido, el de la forma— uno *ha de ser* sacrificado. Y drama al que queremos asistir en el caso presente dando un voto de simpatía —casi un voto de solidaridad— a los traductores de un original que, no obstante su propósito divulgatorio, es a veces puramente alusivo, en cuanto en multitud de ocasiones no redondea su pensamiento y dificulta con ello la traducción.

Sin estar de acuerdo con la apreciación de la solapa de que la obra es una exposición clara y fácilmente comprensible, sí creemos que la obra de Wage-mann sobre el Número, Detective puede proporcionar a quien la lea detenidamente y procurando extraerle sus mejores esencias —que al comentarista

apresurado naturalmente escapan— un beneficio indudable, en cuanto es probable que le dé una visión de la estadística muy diferente de las simplistas —ponderativas o deturpadoras— representaciones al uso.

VEGA, Julio: *La Racionalización de Nuestra Enseñanza*. Ediciones de la Universidad de Chile; pp. 277 (con un proyecto de Ley Orgánica de los Servicios Escolares).

El presente libro de Julio Vega tiene, ciertamente, un propósito descriptivo de las realidades educativas de Chile consideradas sociológicamente, pero sería deformante la presentación que quisiera hacer de él única o principalmente un libro de sociología de la educación en Chile. Como no puede dejar de ocurrir en todo trabajo de sociología concreta que no olvide las tareas de servicio impuestas a la disciplina sociológica en relación con los conglomerados humanos cuyas manifestaciones trata de describir, explicar y comprender, su inspiración —el anhelo que lo nutre, la meta que lo orienta— tiene que ser y es, en realidad, de carácter pragmático o, más precisamente en el caso, de tipo terapéutico o reformista.

Reformar la educación —como reformar cualquier sector de la vida social— significa: 1º conocer la situación actual (sociografía, sociología); 2º definir dicha situación como mala, necesitada de cura o reforma (sobre el trasfondo de una filosofía social dada); 3º definir cuál ha de ser la situación que haya de considerarse como descable alcanzar (con base en esa misma filosofía, cosmoteoría, antropoteoría, axiología); 4º señalar cuáles son los medios de que se dispone para obtener dicha situación (ya sea que esa disponibilidad sea interna o externa, pues

no debe olvidarse que las sociedades, si bien unidades inescindibles, mantienen vínculos con otras unidades de este tipo, con las que comparten dentro de la llamada comunidad internacional artefactos, mentifactos y sociofactos), y 5º cuáles son los medios idóneos, de entre los que ofrecen como rico instrumental las culturas y la civilización humanas, para conseguir a partir de la situación conocida la situación deseada.

Julio Vega ha considerado todos estos diversos articulados de un esquema de ponderación dinámica consciente (eso es, en última instancia, todo intento reformador o planificador). El estudio de las características de la educación chilena durante el período republicano, a la que dedica una de las cuatro grandes porciones de su estudio, le muestra las deficiencias de la misma, que puntualiza en otra de dichas porciones, en la cual señala los "aspectos que debe considerar una reforma educativa". Y aun cuando el título puede hacer pensar que los ideales que hacen a Vega definir como inconveniente la situación educativa son de carácter puramente racionalista, la filosofía que inspira la definición situacional y la definición teleológica rebasan cualquier postura estrechamente racionalista. Se trata de relativizar la reforma atendiendo a las circunstancias sociales, de adaptar al individuo a una sociedad dotada de caracteres propios descubiertos a través de un desarrollo histórico y más o menos plasmados en una personalidad básica que oscila ligeramente en torno de posiciones centrales con la sucesión de las generaciones, y no se intenta —en cambio— tomar como piedra de toque un ucrónico de lo que debiera ser la educación en cualquier lugar del mundo y en cualquier momento de la historia.

Colocados en una postura que ni es puramente racionalista ni se hunde en un puro irracionalismo historicista, el reformador y el planificador —cuando se

encuentran imbuídos de un hondo sentido de lo social, y se percaten de ello o no— suelen descubrir toda la importancia que tiene la razón histórica como guía de reforma o de planificación. Cada sociedad obedece a su propia lógica interna, y es de acuerdo con esa lógica interna con la que es necesario trazar los esquemas de planificación y elaborar los planes de reforma si éstos han de dar fruto.

Pero si la razón histórica y las referencias a la intrahistoria de una sociedad pueden llamar la atención quizá con exceso hacia un sistema referencial interno que acabaría por erigir murallas chinas en torno a cada una de las unidades estructural-funcional-significativas que son las sociedades, las necesidades de la instrumentación reformista o planificadora sacan de tales círculos cerrados, en cuanto los miembros de una sociedad descubren la esencial subsunción de todas las sociedades en la Sociedad; la fundamental comunicabilidad, la básica adaptabilidad de artefactos, mentifactos, sociofactos que su particular desarrollo histórico-cultural ha permitido descubrir a otras sociedades para cumplir con las finalidades que se han propuesto; comunicabilidad, transmitibilidad, adaptabilidad gracias a las cuales tienen puntos de apoyo las teorías difusionistas y justificación las políticas transculturativas —que Vega no ha descuidado en su estudio de la reforma de la educación chilena—, y que permiten la utilización como instrumentos de cuanto han descubierto otras sociedades, aun cuando las finalidades a las que pretendan destinarse puedan parecer distintas de aquellas para las que tales instrumentos fueron originalmente concebidos.

Las necesidades de la instrumentación reformista o planificadora apuntan con frecuencia hacia lo indispensable de los experimentos indirectos —cuyo susten-

táculo más profundo se encuentra en el reconocimiento de esa esencial comunidad humana—, hacia lo ineludible de los experimentos indirectos del método comparativo. Saber lo que otras sociedades han intentado y los frutos que han recogido de tales intentos; relativizar intento y resultados a través del conocimiento de la organización y de la historia de tales sociedades (en cuanto limitadoras o estimuladoras de los mismos) y adaptar, mentalmente primero (previendo los resultados) y sólo más tarde en la práctica (cuando se presentan las situaciones de coyuntura), en razón de las circunstancias específicas, intento y resultados, representa —en total— esa alternativa preferible al “inicio de un experimento social directo que puede dañar la orientación de la educación” o de cualquier otro sector de la vida social —y, a la postre, de la sociedad misma— en el que se haya intentado la reforma y en el cual el perjuicio puede extenderse a una o más generaciones.

Y esa necesidad ineludible para cada sociedad de contar con la experiencia de todas las otras sociedades para inventariar el instrumental disponible para fines específicos, ¿no apunta hacia la necesidad igualmente ineludible de reconocer la interdependencia de todas las sociedades, así no sea sino en ese plano, así no sea sino en ese “evitar el experimento directo”, beneficiarse de la experiencia de otras sociedades, poder librarse de sufrir consecuencias perjudiciales gracias a los trastornos sufridos por otras sociedades? ¿No señala también, indicativamente, hacia la forma en que, a través de tales experimentos indirectos, las sociedades tienden a integrarse en el seno de una amplia unidad social que abarca a la humanidad entera en cuanto las obliga a realizar esfuerzos explicativos y comprensivos y en cuanto les impone actitudes mutuamente res-

petuosas? ¿No muestra, asimismo, que al examinar el instrumental que pone a su disposición la Cultura gracias a sus diversas manifestaciones (i.e. como se da en las diversas culturas), todas y cada una de las sociedades que se presentan como materiales para la gran síntesis humana, llega a descubrir ciertas aristas valorativas que le eran desconocidas, y tallándolas en ella misma facilita, a través del compartimiento de las mismas con otras sociedades, esa vinculación dentro de una totalidad continuamente por constituirse, de continuo en vías de hecho —como gusta de decir la escuela de Sicard—, dentro de una totalidad unitaria *in fieri*, y que es probable no llegue a constituirse nunca sino meta-históricamente como una gran unidad inescindible?

Responder por la afirmativa no representa entregarse a un desatentado optimismo desconocedor de los procesos igualmente desintegrativos que intervienen en el proceso, ya que, finalmente, toda sociedad —y la Sociedad en grado mucho mayor aún que las sociedades— es un proceso continuo de integración-desintegración, debiendo considerarse además como postura insostenible la consistente en mantener de un modo simplista las igualdades “integración” = “polo valioso sociológicamente”, “desintegración” = “polo sociológicamente no valioso”. Es de este modo, a esta luz, como resulta comprensible el que Vega —tras indicar la necesidad de racionalizar la enseñanza, separar problemas cuantitativos o de ampliación de problemas cualitativos o de mejoramiento, etcétera— señale la urgencia de comprender la heterogeneidad chilena (salvando en ella las aportaciones originales valiosas para brindarlas a la Cultura del Hombre) para lograr la occidentalización chilena, por una parte, y, por otra, la de que comprenda que los problemas de sociedades que como las nuestras tie-

nen que sufrir frecuentes revoluciones (a fin de descubrir cuanto de original pueden seguir brindando a la Cultura del Hombre) consisten en hacer que la educación sea un medio más de que una revolución o de que sucesivas revoluciones se afiancen —como afirma expresamente—, de que la revolución clarifique sus metas y las alcance en lo asequible mediante un proceso simultáneo y coordinado de institucionalización objetiva y de interiorización subjetiva.

SALVADORI, Massimo: *La Democrazia Liberale*. Editoriale Opere Nuove. Roma, 1958. Página 216. Traducción al italiano (con algunas modificaciones) de *Liberal Democracy*. Doubleday & Co., New York, 1957.

Dos son, por lo menos, los tipos posibles de notas bibliográficas. Destinados ambos a llamar la atención del lector hacia una obra, el uno se empeña en contornearla, ciñéndose, tanto como es posible, a sus perfiles propios y —obra de paciencia benedictina a veces— trata de extraer de la obra misma las más puras esencias, poniéndose con ello quien sus líneas redacta al servicio incondicional del autor y del lector: en favor de dos personas mutuamente desconocidas, hace la presentación y se retira... El otro tipo —en apariencia de más altos vuelos— quizá representa una cierta posición egocéntrica por parte de quien elabora la nota, pues si bien da cuenta de la aparición de la obra, la muestra tal y como ésta se inserta en la perspectiva propia del comentarista —que es probable no coincida ni con la del autor ni con la del lector—, convirtiéndose con ello en prisma a través del cual hay que juzgar: en la conversación de los recién presentados, quien les ha puesto en contacto se empeña —en tales

casos— en convertirse en contertulio a menudo molesto que puede llegar a impedir la relación fructífera autor-lector.

El segundo fue el tipo de nota que, llevados por la reacción del momento —que no en toda ocasión se siente vocación al sacrificio y a la paciencia— elaboramos frente a la edición inglesa de *La Democrazia Liberale*. Sobre las notas tomadas —detenida y detalladamente, aun cuando el comentario haya planeado sobre ellas sin hacer presa de las mismas— queremos realizar el otro tipo de labor bibliográfica: la correspondiente a una nota-resumen más que a una nota-comentario o a una auténtica “recesión” en el sentido de revisión eventualmente correctora.

En palabras liminares, Salvadori reconoce expresamente en *La Democrazia Liberale* una recolección de conceptos esparcidos en artículos, folletos y libros publicados por él previamente, los cuales vienen a unificarse dentro de un plan general, destinándose a dar a conocer “a los jóvenes deseosos de comprender el mundo en que viven” (7) las ideas de libertad y de democracia libradas de la ganga envolvente, de la prostituyente envoltura a que se les ha sujetado especialmente durante los últimos veinte años en que todos los nuevos órdenes —llámense “justicialismo” en Argentina, “wave of future” en Estados Unidos de América, “justicia social” en Yugoslavia, “comunismo nacionalista” (?) en Egipto— al tiempo de intentar “a través del despotismo una organización más eficiente de la sociedad”, se han enmascarado con el nombre o con las apariencias de una “verdadera democracia”.

La libertad implica una posibilidad de elección, la capacidad que cada individuo tenga para tomar sus propias decisiones por lo que se refiere al curso de su acción; pero, asimismo, como alcanza a mostrar Salvadori, representa no sólo esa capacidad y posibilidad —¡y habría